vinagre, queda á lo menos el olor; mas no teniendo sino agua, no queda ni olor, ni sabor, ni cosa alguna. Pues de esta manera hemos de declararnos al director de nuestra conciencia, manifestando enteramente el alma, sin ocultar cosa alguna en que hayamos ofendido al Señor, y sobre todo los principales defectos, y no sólo lo presente, sino también lo pasado, para que así se nos conozca y gobierne con mejor acierto y quedemos nosotros con más tranquilidad.

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos.

§ I

JESUCRISTO descendió del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que lo envió. El mismo Jesucristo nos enseñó que pidiéramos al Padre que se hiciese su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Y en el Huerto dijo á su Padre: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

2. El ejemplo y la doctrina del divino Maestro, según estamos viendo, nos manifiestan que debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

3. La perfección cristiana consiste en el amor de Dios; y cuanto más amemos al Señor, seremos más perfectos. Ahora bien: lo más

elevado y puro de ese amor es la conformidad de que tratamos; porque el tener un mismo querer y no querer con el amado, constituye la verdadera amistad, y por lo mismo, tal conformidad trae consigo la perfección y el amor de Dios; y cuanto más conforme estuviere nuestra voluntad con la de Dios, será más perfecto aquel amor.

4. Ninguna cosa, fuera del pecado, sucede en el mundo sino por voluntad del Señor. Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, las manda el Señor [1]. Ni aun un pájaro cae en el lazo sin la voluntad del Padre celestial. Las suertes se ponen en la urna, pero el Señor dispone de ellas [2].

5. Veamos, pues, todas las cosas como venidas de la mano del Señor, sin atender á que nos lleguen por mano de los hombres ó de otras criaturas; así dejaremos de irritarnos con éstas, reflexionando que Dios las manda. El perro muerde la piedra que lo ha herido, pero no ve la mano que se la ha tirado; mas nosotros pensemos en Dios que quiere castigarnos y afligirnos por medio de las criaturas, no atendiendo á la malicia de éstas, sino solamente á la voluntad de Dios. — David decía de Semei: «Dejadlo, que el Señor le mandó que me maldijese. ¿Quién hay que se atreva á preguntar por qué lo ha hecho así [1]?» Esto es, lo ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme. — Job, en medio de sus padecimientos, decia también: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: ¡bendito sea su santo nombre!» No dijo: Lo que el Señor me dió, me lo ha quitado el demonio; mas todo lo atribuyó luego al Señor, porque el demonio no puede hacer sino lo que Dios le permite.

1 *Eccl.*, XI.
2 *Prov.*, XVI.

6. Grandes son los bienes que consigo trae la conformidad con la voluntad de Dios. Es el primero la paz del alma, porque quien en todo se conforma con el divino querer se pone en las manos de Dios como un poco de barro, y ya no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla la divina voluntad en lo próspero y adverso, en lo triste y en lo alegre, y está igualmente dispuesto á recibir de manos del Señor el trabajo y el descanso, el consuelo y el dolor, bendiciendo á Dios por todo. ¿Qué cosa, pues, podrá turbar la paz del que así se conforma con la voluntad de Dios?

7. Nuestra propia voluntad y las malas inclinaciones no nos dejan conformarnos con la voluntad de Dios; y por esto, cuanto más nos hayamos aventajado en esa conformidad, tanto más habremos adelantado en el vencimiento

1 II Reg., XVI.

de esas inclinaciones y en el ejercicio de todas las virtudes.

8. Conformando nuestra voluntad con la de Dios, ofrecemos á su divina Majestad el más agradable sacrificio, pues en las otras mortificaciones le damos, por decirlo así, parte de nos otros mismos; verbigraeia: en la modestia, en la templanza, en la paciencia; pero al conformarnos con su voluntad le ofrecemos un holocausto perfecto para que Dios haga de nosotros lo que quisiere, cuándo y como quisiere, sin exceptuar ni reservar cosa alguna.

9. Y debemos hacerlo así para agradar á Dios; porque si nosotros, miserables criaturas, no nos contentamos sino con poseer á Dios enteramente, ¿su divina Majestad quedará contento de nosotros si sólo le damos una parte de un corazón tan pequeño y miserable como el nuestro?

10. Si recibimos todas las cosas como venidas de la mano del Señor y nos conformamos del todo con su divino querer, obtendremos gran felicidad en este mundo, viviendo en un gozo y alegría continua, y nada habrá que nos turbe y acongoje, pues los mismos trabajos y pesares se convierten luego en consuelos y delicias, porque en ellos vemos la santa voluntad de Dios, que tanto amamos, y que queremos se cumpla en nosotros.

11. He aquí el secreto de la alegría que los

santos han gozado en este mundo: padecieron grandes trabajos, enfermedades y aflicciones, pero estaban enteramente conformes con la voluntad de Dios, y en cumplirla tenían todo su gozo. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo», — nos dijo Salomón [1].

§ II

12. Bienaventurados los pacíficos, dijo el Señor, porque serán llamados hijos de Dios, porque no hay en ellos cosa que resista ni contradiga á la divina voluntad; y esto es lo que alcanzamos al conformarnos con el divino querer: quitamos esas resistencias y contradicciones que siempre nos inquietan, y afianzamos en nuestra alma aquella paz de Dios, cuyas santas delicias exceden todo sentido.

13. Los que conforman su voluntad con la divina, participan de la inmutabilidad y firmeza de ella, pues nadie puede quitarles el objeto de su amor. No sucede lo mismo si ponemos el corazón en las criaturas, pues entonces nos mudamos con ellas y nunca obtenemos la paz. «De hoy en adelante no serviré jamás á señor que se pueda morir, — decía San

---

1 *Prov.*, XII.

Francisco de Borja al ver el cadáver de la reina Isabel.» Y si nosotros no queremos sufrir con la pérdida de los objetos amados, amemos sólo á Dios, que nunca muere, y siempre estaremos contentos.

14. Un santo andaba siempre riéndose; y preguntándosele por qué motivo, contestó: «Porque nadie puede quitarme á Dios.» Gocémonos también nosotros en el Señor según el consejo de David, no en los bienes temporales, ni en la ciencia ni en la estimación del mundo, sino en cumplir la voluntad de Dios, pues sólo ella nos da verdadero contento. Todo lo demás fuera de Dios, puede ocupar el alma, pero no llenarla; excitar el hambre, pero no satisfacerla. «El avaro no se llenará con el dinero, — dice el Espíritu Santo [1], — porque las riquezas no son el alimento natural del alma, como no lo es el viento para el cuerpo; aquéllas podrán hincharnos, pero no sustentarnos; porque el pan del alma es la justicia, y sólo los que tienen hambre de ésta quedarán satisfechos.» Nos crió el Señor para gozarlo, y sólo con su posesión seremos dichosos.

15. Si nos conformamos con la voluntad de Dios, haremos siempre nuestra propia voluntad, pues que entonces deseamos y queremos lo mismo que Dios quiere.

---

1 *Eccl.*, V.

16. Los mundanos, por ganancias temporales hacen como suya la voluntad ajena; pues ¿qué mucho que hagamos nosotros por conseguir la gloria lo que ellos hacen por alcanzar una corona corruptible?

17. ¡Qué grande sería nuestro contento si al fin llegásemos á hacer nuestra la voluntad de Dios, y quisiéramos en todas las cosas lo mismo que Dios quiere!

18. Mucho agrada á Dios nuestro Señor que nos conformemos con su santa voluntad; por esto, cuando así lo hacemos, nos colma de favores. El mismo Señor dijo á Santa Gertrudis: «Cualquiera que desee que yo venga libremente á morar en él, me ha de entregar la llave de su propia voluntad, y no volvérmela más á pedir.»

19. Esta conformidad nos dispone además para recibir los favores de Dios, porque quita de nuestra alma las malas aficiones y deseos que pudieran impedirlos, y obliga á Dios á que mire por nosotros y nos socorra, supuesto que nos hemos entregado en sus manos para cumplir en todo su santa voluntad.

20. Las virtudes se adquieren con el ejercicio de sus actos, y conformándonos con la voluntad de Dios tendremos sin duda alguna que ejercitar todas las virtudes, y así vendremos á adquirirlas todas; unas veces se nos ofrecerán ocasiones de humildad, otras de pobre-

za, ó de paciencia ó de obediencia, y así de otras virtudes.

21. Tengamos, pues, siempre en el corazón y en los labios esta palabra de San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Palabra breve pero llena, y que todo lo comprende.

22. La conformidad con la voluntad de Dios sírvenos también para vencer las tentaciones. A veces imaginamos que otro nos injuria, ó que sucede tal y cual cosa que nos desagrada, y nos preguntamos: ¿qué responderíamos ó qué haríamos en tales circunstancias? Podemos contestar que lo que fuese voluntad de Dios, y que haríamos lo que Dios quisiese, remitiéndonos en todo á su santa voluntad.

23. Ejemplo. Refiere Cesáreo de un monje que hacía muchísimos milagros sin que resplandeciese en él ninguna virtud singular; su abad le llamó y le preguntó por qué causa le había concedido el Señor el don de los milagros; el monje contestó que no lo sabía; pero que por su parte sólo podría decirle que en todos los acontecimientos guardaba la paz, recibiéndolos con igual acción de gracias y conformándolos siempre con la divina voluntad.

24. Un teólogo preguntó á un pobre que llevaba una vida muy santa, cómo había adquirido la perfección; éste le respondió: «Procuré unirme y conformarme con la voluntad de Dios de tal suerte, que cuanto Dios quiere lo quiero yo; si el hambre me fatiga ó el frío me molesta, alabo á Dios; si el tiempo está sereno ó tempestuoso, alabo á Dios; lo que El me da ó permite que me venga, próspero ó adverso, dulce ó amargo, lo recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena y resignado todo en El con humildad, sin hallar descanso sino en su santa voluntad.»

25. Muchas personas se encomendaban á las oraciones de Santa Gertrudis; pero á veces la Santa se olvidaba de pedir á Dios por ellas, y con todo venían á darle las gracias por los favores recibidos: la Santa se confundía por esto, y una vez se quejó amorosamente con el Señor, y su divina Majestad le dijo: «El día que me diste tu voluntad, te di yo la mía; y aunque no me pidas nada particularmente, sé lo que quisieras de mí, y por esto lo hago.»

26. Un labrador recogía siempre abundantes cosechas de sus campos, lo cual no lograban sus compañeros; y preguntádosele por la causa de esto, respondió: «Yo nunca quiero otro tiempo sino el que Dios quiere; y como siempre quiero que se cumpla su santa voluntad, el Señor me da los frutos como yo los quiero.»

CAPÍTULO II

De la confianza filial que debemos tener en la divina Providencia. — Conformidad con la voluntad del Señor. — Ejemplos.

El Señor, — decía David, — nos ha cubierto por todos lados con su benevolencia como con un escudo impenetrable [1]. » « Me tuvo escondido en su tabernáculo, — decía también, — y en los días aciagos me puso á cubierto en lo más recóndito de su pabellón [2]. » ¡Oh! Si acabásemos de conocer cuán tierna y amorosa es la providencia que el Señor tiene de nosotros, sin duda que pondríamos en El toda nuestra confianza y siempre andaríamos llenos de consuelo. El hijo de un padre muy rico y favorecido del rey, seguro está de que en todos sus negocios su padre le ha de proteger; pues ¿con cuánta mayor razón debemos nosotros confiar en aquel Padre en cuyas manos está el poder del cielo y de la tierra, y sin cuya voluntad nada nos puede suceder? En comparación de este amorosísimo Padre no merecen los otros lla-

1 Psalm. V.
2 Idem XXVI.

marse padres, porque no hay entrañas tan llenas de amor y de ternura como las de Dios. Estemos, pues, seguros que cuanto nos enviare será por nuestro bien, porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo no le dejará que haga otra cosa sino colmarnos de santas bendiciones y gracias celestiales.

2. « El Señor me ha tomado por su cuenta, y nada me faltará. Yo, en verdad, soy un mendigo; pero el Señor anda solícito y cuidadoso de mí [1]. » ¿Quién no se consolará ó dejará de derretirse en amor de Dios? Vos, Dios mío, tenéis tanto cuidado de mí como si no hubiera en el cielo ni en la tierra otra criatura objeto de vuestros cuidados.

3. Lo dicho debe imprimirnos una confianza sin límites en Dios nuestro Señor, porque no hay padre ni madre tan tiernos y amorosos como lo es su divina Majestad. Nos trae en sus manos, nos lleva en su seno y no nos puede olvidar un solo instante.

4. Los santos, que estaban penetrados de estos sentimientos, en medio de sus trabajos y peligros vivían siempre alegres y seguros, porque sabían que sin la voluntad de Dios nadie podría tocarles. Los demonios se aparecían á San Antonio Abad en figura de espantosos animales, amenazándole y procurando intimidar-

1 Psalm. XXXIX.

le; pero el Santo se burlaba de ellos, diciendo: « Dios os ha quitado las fuerzas, y por esto os juntáis mucha canalla para poder intimidarme. Si el Señor os da poder sobre mí, despedazadme; pero si no, ¿para qué trabajáis inútilmente? »

5. El Señor dijo á Santa Gertrudis: « La segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero ayudarle fielmente en todas las cosas, me atraviesa el corazón y hace tanta fuerza á mi piedad, que en cierta manera no puedo favorecerlo por el contento que recibo al verle colgado de mí, y por aumentar su mérito; ni dejar de favorecerle por ser yo quien soy y por lo mucho que lo amo.» Y á Santa Matilde dijo el Señor: « Mucho contento me da que los hombres confíen en mi bondad, y yo favoreceré en esta vida, y en la otra haré más bien que el que merece al que pusiere en mí toda su confianza. »

6. Veamos, pues, todo lo que nos pase como venido de la mano del Señor; tal es la enseñanza que nos dan los libros santos. ¿Qué es lo que Dios ha hecho con nosotros? Así se expresaban los hermanos de José que volvían á su tierra cuando encontraron el dinero en los sacos de trigo que traían de Egipto.

7. El mismo José hablaba en estos términos á sus hermanos: «No queráis temer por haberme vendido para estas regiones, pues por vuestro bien dispuso Dios que viniese yo antes que vosotros á Egipto... No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios [1].»

8. Cuando se perdieron las pollinas de Cis, fué enviado Saúl á buscarlas; y no sucedió sin la voluntad de Dios aquella pérdida, y el que fuese enviado Saúl y no las encontrase, y el consejo que le dió su compañero de ir á preguntar por ellas á Samuel, pues todo eso tuvo lugar para que el mismo Saúl fuese ungido rey de Israel. « Mañana te enviaré al que has de ungir por Rey », — dijo Dios á Samuel [2].

9. Saúl tenía una vez sitiado á David de tal manera, que en lo humano no tenía éste salida; pero vino un correo avisando que los filisteos habían penetrado en las tierras de Israel, y Saúl tuvo que acudir á la defensa, y David quedó libre.

10. Estos y otros ejemplos, y los que experimentamos cada día, han de ir aumentando y fortaleciendo en nosotros la filial confianza que tenemos en Dios; y cuanto mayor sea ésta más seguros estaremos, y sólo con ella tendremos verdadera paz y reposo de corazón.

11. ¡Oh Señor! Vos me amasteis hasta entregaros por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisieran; ¿qué

---

1 *Gén.*, XLV.
2 I *Reg.*, IX.

mucho que yo me ponga enteramente en vuestras manos, no crueles, sino piadosísimas, para que hagáis de mí lo que quisiereis?

12. Dijo el Señor á Santa Catalina de Sena: « Olvídate de ti para acordarte de mí, y yo pensaré siempre en ti, y tendré cuidado de todas tus cosas.» Hagámoslo así nosotros, y veremos que el Señor nos cuida con tierna y muy amorosa providencia, y que nos acompaña en todos los caminos de la vida, y en nuestros peligros está con nosotros para defendernos.

13. Para gozar los favores de la providencia del Señor nos es muy necesaria la conformidad con su voluntad, principalmente en las adversidades y cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne. En tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las gracias que les hace, y en tiempo de guerra los soldados descubren el amor que tienen á su rey, peleando y muriendo por él. Tobías, después de grandes trabajos, perdió la vista, pero no la felicidad ni la obediencia, pues antes daba gracias al Señor lleno de paz y de consuelo porque le afligía según su voluntad.

14. Esta conformidad con la voluntad de Dios debemos procurarla, no sólo en general, sino en cosas particulares y muy pequeñas, queriendo antes sufrirlas que ofender á Dios, recibiéndolas de buena voluntad por su beneplácito y llevándolas con prontitud y facilidad; y

no sólo esto, mas también alegrándonos mucho con ellas y deseándolas por contentar á Dios. Así los Apóstoles volvían llenos de gozo después de ser azotados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Jesucristo.

15. La voluntad de Dios ha de ser para nosotros tan amada, que nos haga dulces y apetecibles los trabajos y sinsabores que su divina Majestad se digne enviarnos, sin tener otro consuelo que cumplir en todo el divino querer. Y hemos de estar tan resignados en ella, que todo nuestro empeño sea conocerla para cumplirla fielmente.

16. Debemos por lo mismo estar enteramente conformes con los dones del Señor, y no tener tristeza porque otros nos aventajen en el talento y en la honra que se les tributa. Y para evitar la tristeza es indispensable tener mucha humildad, pues de su falta nace todo el sentimiento que tenemos porque otros adelantan y son tan honrados y tienen más inteligencia que nosotros. Nuestros primeros padres desearon tener más de lo que el Señor les dió. « Seréis semejantes á Dios sabiendo el bien y el mal», dijo el demonio á Eva, y cayeron, perdiendo los dones del Señor. « Por esto nosotros debemos pedir al Señor, — dice San Agustín, — que nos dé un corazón desinteresado y fielmente inclinado á cumplir su voluntad.»

17. ¿Sabemos, por ventura, lo que sería

de nosotros si tuviéramos una elevada inteligencia ó si el mundo nos colmase de honras y favores? Si con lo poco que sabemos andamos tan contentos de nosotros mismos y nos preferimos tal vez á los demás, ¿qué sería si el Señor nos hubiera dotado de maravilloso entendimiento? Si conociéramos, pues, los peligros que hay en esas ventajas, daríamos infinitas gracias al Señor por habernos negado lo que acaso sería ocasión de nuestra ruina. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta de que todo es vanidad sino hacer la voluntad de Dios, y pusiéramos todo nuestro contento en el contento del Señor! Si con menos inteligencia y menos honores agradamos más á Dios, ¿para qué queremos todo eso? Que si para algo lo habríamos de querer sería para agradarle, y si Dios se agrada de que seamos de humilde inteligencia, ¿cómo tener pena si nos la ha negado mayor?

18. Lo mismo que en el teatro, acá en la vida los hombres representan diferentes papeles; y no está el mérito de cada uno en el papel que representa, sino en la perfección con que sabe desempeñar aquel que le ha tocado. Desempeñemos, pues, debidamente el que tenemos y nos ha tocado, y agradaremos más á Dios.

19. También debemos conformarnos con la divina voluntad en las enfermedades que el Señor nos manda, pues son un don de sus divinas manos para probarnos, corregirnos, hacer que conozcamos la vanidad del mundo, despegar nuestro corazón de las criaturas y enflaquecer nuestras pasiones. «Hijo,—decía un antiguo padre á uno de sus discípulos, que estaba enfermo, — no te entristezcas con la enfermedad; antes da muchas gracias á Dios por ella, porque si eres fierro, con el fuego perderás el orín, y si eres oro, con el fuego quedarás probado.»

20. Santa Clara estuvo enferma veintiocho años, y nunca se quejaba de sus males; mas siempre daba gracias al Señor por ellos, y decía: «Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo, por su siervo Francisco, ninguna enfermedad me fué dura, ninguna pena molesta, ninguna penitencia pesada.»—La virgen Ludivina sufrió treinta y ocho años gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores, y daba continuamente gracias al Señor porque se cumplía en ella su santa voluntad.

21. San Crisóstomo dice que mereció más el santo Job en bendecir á Dios y conformarse con su voluntad en sus enfermedades y trabajos, que en las limosnas y bienes que antes había hecho; porque es más perfección llevar con paciencia las enfermedades y trabajos que ocuparse en obras muy buenas; pues Dios no tiene necesidad de nosotros, y si habíamos de desear la salud, era para emplearla en su servicio y agradarle más; pero recibiendo con pacien-

cia la enfermedad y los trabajos, le servimos y agradamos según su voluntad, que es lo mejor y lo que más nos conviene.

22. Si no tenemos quien nos cure, pongamos en Dios nuestra confianza; y si tenemos y sanamos, debemos atribuirlo todo á Dios, que nos volvió la salud por medio de los médicos; y si éstos yerran, tomemos aquel yerro por acierto de Dios, y digamos: El Señor ha sido servido que así sucediese: bendito sea su santo nombre.

23. De esta manera la enfermedad del cuerpo no impide la pureza del corazón, sino antes bien la ayuda llevándola como se debe. Pero no olvidemos que entonces es necesario estar muy prevenidos para no perder el mérito de la paciencia; pues por una parte los dolores y la tristeza, y por otra el demonio, nos incitan á quejarnos demasiado y á mostrarnos delicados é impacientes si no se nos trata con esmero y atención.

24. Aparecióse el Señor á Santa Gertrudis, trayendo en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad, y le dijo que escogiera lo que quisiese. La Santa contestó: «Lo que yo deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mí vuestra mayor gloria y contento.»

25. Un enfermo pidió á Santo Tomás Cantuariense que le alcanzase de Dios la salud; pero después de haberla conseguido, aquel enfermo pidió de nuevo al Santo que le volviese la enfermedad si así le convenía para su salvación, y así sucedió; y el enfermo quedó muy consolado porque ésta era la voluntad del Señor.

26. Un santo monje tenía el don de milagros, y curaba con sólo el tacto de su mano ó con ungir aceite á los enfermos; pero él estaba hidrópico y tan hinchado que no podía salir por la puerta de su celda, donde estuvo hasta su muerte sin entristecerse ni quejarse, y diciendo á sus hermanos: «Rogad á Dios por mi alma, y no cuidéis de mi cuerpo, que cuando estaba sano de nada me servía.»

CAPÍTULO III

De la conformidad con la voluntad de Dios en la vida y en la muerte. — En los trabajos y calamidades. — Medios para llevarlos provechosamente. — En las sequedades y desconsuelos que tenemos en la oración.

§ I

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios, así en la vida como en la muerte. Porque si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor, esto es, para honrarle y darle gloria, cumpliendo en todo su santa voluntad.

2. La muerte nos es muy amarga porque